

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 28.—1.º de Mayo de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epist. I, 4, 8.)*

## LA CARIDAD EN ESPAÑA.

### *La Casa de Beneficencia de Valladolid.*

En medio del dolor que causa ver el estado afflictivo en que por falta de recursos se hallan los establecimientos benéficos, es un consuelo ver que alguno, como la *Casa de Beneficencia de Valladolid*, vive con desahogo, prospera y crece. ¿Y cómo ha podido sustraerse á la penuria general? ¿Cuál es el secreto de su bien estar, precisamente en una poblacion tan castigada por la miseria, y donde hospital y hospicio se hallan tan apurados de fondos? Este secreto está en la caridad.

La *Casa de Beneficencia* es un asilo para ancianos de ambos sexos, que no depende del Gobierno ni de las corporaciones provincial ó municipal, ni recibe subvencion alguna. Dirigida por personas caritativas, respetables y respetadas, que inspiran la confianza que merecen, la poblacion ha respondido siempre como debe, acudiendo con donativos en dinero y en especie, siendo frecuente ver en las testamentarias alguna partida para este caritativo albergue. Cuando ha sido mayor la miseria general y la penuria de los otros establecimientos, este ha tenido mayor abundancia, gracias al cuantioso legado del Sr. D. Esteban Guerra, de bendita memoria. Sentimos no saber á cuánto asciende en su totalidad, pero debe ser de mucha consideracion, puesto que en un solo año, y á cuenta de lo que tiene que haber de su testamentaria, ha recibido la Casa 377.302 rs. de los cuales se han empleado 217.977 en obras para instalacion de Hermanas de la Caridad, escuelas de párvulos y niñas, y enfermería de convalecientes.

Basta echar una rápida ojeada sobre las cuentas, para ver que se

AÑO II.

4



administra con pureza, inteligencia y economía. Siendo el gasto total (aparte de las obras) de 213.876, el del personal, que le componen, Capellan, Hermanas de la Caridad, Mayordomo y barbero, no pasa de 10.260. La manutencion de los acogidos sale por muy poco mas de un real diario; y aunque la Casa ha recibido algunos donativos en especie, no son de mucha consideracion, y si se tiene en cuenta la buena alimentacion, como lo prueban estas partidas:

2.326 libras de carne.

1.138 cántaros de vino.

238 arrobas y 14 libras de tocino.

118 arrobas de arroz, etc.

Se ve que los acogidos están perfectamente mantenidos por un precio sumamente módico. De la comparacion de estas cuentas con otras, y del trato que reciben estos pobres con el que á otros se da, se sacan consecuencias tan desventajosas para otros establecimientos, como lisonjeras para la *Casa de Beneficencia de Valladolid*, y se comprende con cuánta razon dice el secretario de la junta general, en la Memoria leida á la misma, hablando de las Hermanas de la Caridad: «Creado y sostenido este instituto por la fe y la caridad, teniendo por base la abnegacion de sus individuos, y educados esclusivamente para el cuidado y servicio de los pobres, nada tiene de extraño que sus resultados demuestren inmediatamente su bondad. El orden y la economía, la dulzura en las formas y la perseverancia en el trabajo, son cualidades innatas en la Hermana de la Caridad; debido á ellas, se ha construido en la Casa toda la ropa blanca y de muger que ha sido necesaria, y cuyo coste se eleva en el año actual á 1.836 rs., que anteriormente se pagaban á costureras de afuera (1).

»En el pan se ha obtenido tambien una gran economía, originada en su mayor parte por el inflexible rigor con que diariamente se cumple la orden de recibirle por peso en lugar de contar su número; y como siempre resulta escaso, se compensa abonando lo que falta. El vino, legumbres, tocino, y en general todos los artículos, han dado su contingente proporcional de economías, sin disminuir la racion del pobre, antes aumentándola, pero impidiendo que nada se distraiga de su legítima aplicacion.

»Los estados mensuales del consumo habido y del que debería

---

(1) Téngase en cuenta, para apreciar debidamente esta laboriosidad, que la gran mayoría de los acogidos pasan de 60 años.



«haber, manifiestan la verdad de lo espuesto; por lo cual no hay reparo en afirmar *que los servicios de las Hermanas de la Caridad nada cuestan á la Casa, considerando el ahorro que producen en otro sentido, y que compensa ampliamente su modesta comida y módica pension.*»

Este resultado se obtiene siempre que de buena fe, y sin preocupacion ni prevenciones injustas, se busca en la administracion de las Hermanas de la Caridad lo que no se encuentra nunca en la de los empleados.

En el benéfico establecimiento de que vamos hablando, se ha instalado tambien una escuela de párvulos y otra de niñas, regidas ambas por Hermanas de la Caridad. En la primera han sido admitidos 194 niños y niñas, de los cuales asisten ordinariamente de 120 á 130; en la segunda 104, siendo la asistencia continua de 70 á 80.

Otra importantísima fundacion es la de dos salas de convalecientes para ambos sexos, con ocho camas cada una, que están constantemente ocupadas; obra en alto grado benéfica, porque es una de las mayores necesidades y de las mas desatendidas, la de establecimientos donde los pobres que salen del hospital, sin medios de subsistencia, ni fuerza para trabajar, hallen los cuidados que su estado exige, si no han de volver á recaer, ó arrastrar toda la vida una existencia enfermiza, como tantas veces sucede.

Dice la Memoria: «El Sr. D. Esteban Guerra podrá ver desde el cielo realizado su pensamiento, y los cuidados que se prestan á los desgraciados que se acojen en dichas salas.» Seguramente, y desde el cielo bendecirá al que le dirige las palabras que copiamos, y á sus dignos compañeros, fieles cumplidores de su voluntad postrera.

La *Casa de Beneficencia de Valladolid*, puede presentarse como modelo de buena administracion, y como ejemplo de lo que serian los asilos benéficos, si de la caridad dependiesen solamente. Ella los cuidaria con solicitud é inteligencia, ella los pondria á cubierto de las borrascas de la politica, ella atraería donativos viendo el buen uso que de ellos se hacia, y legados de las personas piadosas que, como el Sr. D. Esteban Guerra, darian á su nombre la celebridad de las bendiciones, mil veces mas envidiable que la de los aplausos. Esos nombres grabados en piedra, como el del bienhechor de Valladolid, y mas todavía en el corazon de las personas buenas, serian una historia edificante, una leccion santa, una estímulo eficaz, una amonestacion eterna, y como un reflejo en la tierra, de la inmortalidad del cielo.

*Concepcion Arenal.*



## LA CONDUCCION DE ENFERMOS.

Largo es el catálogo de las privaciones y miserias del pobre; tanto ó mas que lo es el de los goces y comodidades, con que un sibaritismo siempre exigente y una civilizacion siempre fecunda para inventar placeres, rodean al rico desde la cuna hasta el sepulcro.

Entre aquellas miserias resaltan, por su mayor dolor, todas las que se refieren al hombre enfermo. Es la salud un gran beneficio de Dios, quizás no bien apreciado por la generalidad de las gentes, y que compensa ampliamente la carencia de otras satisfacciones. El mendigo que lo disfruta no se cambiaria por el potentado que yace en un lecho de dolor, aunque sea lecho suntuoso, rodeado de fausto y de riqueza.

Por el contrario, la pérdida de este bien basta por sí sola para hacernos desgraciados; pero con una diferencia muy esencial, segun la clase y situacion del doliente.

Se altera la salud de una persona rica ó medianamente acomodada, y al momento le rodea el cuidado cariñoso de la familia, el auxilio de la ciencia, la compañía de los amigos, las comodidades materiales del hogar; todo, en fin, lo que puede suavizar sus padecimientos físicos y distraerle de preocupaciones morales. Pero en el pobre es diferente: al caer enfermo, asoma en la familia una triple calamidad; la pena de verle sufrir, la falta del jornal, que es el sustento de todos, y la amargura de no tener, por esta misma carencia de recursos, los medios de proporcionarse comodidades, medicinas y socorros. Entonces, si no hay, como sería de desear hubiese siempre, una caridad domiciliaria que asista al enfermo en su casa, no le queda mas recurso que ir *al hospital*; al hospital, que siendo un grande auxilio de la beneficencia, inspira, sin embargo, repugnancia á muchos pobres, porque lo consideran como el último grado del infortunio, y ven en ese tránsito una separacion de la familia, que precede muchas veces á la separacion eterna.

Pero prescindiendo de esto, y aunque el hospital sea, como hemos dicho, un grande recurso para los pobres, no es un recurso tan espedito como se cree. Generalmente es un establecimiento provincial, para todos los pueblos de una provincia. Sucede, pues, que sirve de pronto abrigo para los pobres enfermos de la capital; tambien, aunque no tanto, para los de pueblos cercanos; pero á medida que la distancia se alarga, no solo se dificulta el que los enfermos lleguen á sus puertas, sino que para llegar pasan un doloroso



via-crucis que agrava sus dolencias, hasta el punto de que salen de los pueblos con un mal curable, y llegan al hospital moribundos, si es que no quedan cadáveres en el camino.

Y que esto no es una exageracion, lo comprende cualquiera que lo examine en el terreno práctico de lo que sucede todos los dias. Fijémonos en una provincia cualquiera; Sevilla, por ejemplo.

Allí tenemos el célebre hospital de la Sangre, uno de los mas grandiosos de España, que hace honor á la beneficencia española, y que mas de una vez visitamos y admiramos cuando lo dirigia el celo caritativo é ilustrado del dignísimo visitador D. José María de Ibarra. Ese grande establecimiento provincial llena bien su objeto para los pobres de la capital y de los pueblos cercanos; pero veamos lo que sucede en las poblaciones de la Sierra de Cazalla, que distan de Sevilla 15 y 16 leguas. Si en ellas cae un pobre enfermo y no hay beneficencia local que le atienda, emprende su dolorosa peregrinacion para la capital en una caballería de bagaje, al cuidado de un desconocido, que lleva al enfermo como si llevase una carga cualquiera. Así se anda lentamente, á cortas jornadas, de pueblo en pueblo, sufriendo el frio, la lluvia ó el calor segun las estaciones, y pernoctando en cualquier parte, pero en ninguna cómoda. Por malos caminos de herradura, donde un ginete sano va espuesto y un enfermo mucho mas, se llega al fin á la llanura del Guadalquivir, y si bien al acercarse á Lora ó á Cantillana se ve pasar con envidia el tren del ferro-carril, el bagaje del pobre enfermo sigue su lento viaje por la carretera, porque á él no le alcanzan las ventajas de esa rápida locomocion. Considérese en qué estado llegará, si es que llega, el enfermo á las puertas del hospital de Sevilla.

Tan terrible es la perspectiva de ese martirio, que no es estraño se retraigan los pobres de pueblos algo distantes; pero si así sucede, surge una cuestion de irritante injusticia. El hospital, como provincial, se costea con recursos que pagan por igual todos los pueblos, y sin embargo, no sirve, ó sirve muy imperfectamente, para los que distan mas de tres ó cuatro leguas; resultando que tal vez los pueblos mas pobres, y que por consiguiente mas necesitan la asistencia hospitalaria, son los que no la aprovechan aunque la pagan.

Algo parecido á esto, aunque en menor escala, sucede al salir los enfermos del hospital. La necesidad de la cama para un nuevo enfermo grave que llega ó puede llegar, hace que generalmente se escrupulice poco en dar las altas, desde el momento en que cesa la calentura, y lo mismo sucede algunas veces en las Casas de socorro. Salen, pues, los enfermos, no curados y fuertes, sino convalecientes y débiles; mal siempre grave, porque espone á peligrosas



recáidas, pero menos temible cuando el convaleciente tiene próxima su casa y su familia. Mas si no es así; si tiene que andar 10 ó 12 leguas á pié, soportando, sin fuerzas para ello, el cansancio y las inclemencias del cielo, ¿no es lo más probable que llegue á su pueblo, quizás en tan mal estado como cuando salió de él?

Para completar el cuadro de estos sufrimientos no queremos omitir un detalle, que algunos de nuestros lectores habrán presenciado tal vez como nosotros. En las capitales parece que el ir al hospital es un tránsito cómodo y breve. Lo sería en efecto, si presidiese la caridad en la conduccion; si los que llevan las camillas fuesen como un visitador de pobres cuyo nombre.... callaremos por no incurrir en su desagrado, que hace poco tiempo, llevando en coche un niño pobre enfermo desde los barrios bajos de Madrid al hospital general, decia al cochero estas sencillas y conmovedoras palabras: «Gaste V. si quiere dos horas en llevarnos allá, pero que el carruaje vaya despacio, y V. con el mayor cuidado, á fin de que ni el mas ligero vaiven haga daño á este pobre niño calenturiento.»

No es así por desgracia. Este laudable ejemplo es una escepcion. Lo regular es que, como los conductores de camillas son gentes asalariadas que toman esto por oficio y no por caridad, si se cansan, se detienen en la calle; si tienen sed, entran en una taberna, y fuman, y hablan, y se entretienen, mientras que el infeliz enfermo, que sofocado en su camilla cubierta cuenta los minutos que le faltan de su incómoda situacion, cuenta á su pesar muchos mas de inutil espera en medio de la vía pública.

Acaso se dirá que lamentamos hechos naturales é inevitables, que son inherentes á las condiciones de la miseria humana. No; si tales amarguras y tales abusos no son remediabiles por completo, cabe atenuarlos mucho si se emplea buen deseo de hacerlo.

Entre otros medios se presentan como principales los siguientes:

1.º Fomentar el establecimiento de hospitales de cortas dimensiones. El desideratum en esta materia sería que toda poblacion de cien vecinos tuviese un hospital municipal, ó al menos una simple enfermería de media docena de camas; establecimientos modestos que llenarían las necesidades hospitalarias del vecindario, y servirían de albergue y descanso á los enfermos de tránsito. La cuestion de los grandes y pequeños hospitales, la hemos tratado con mas extension en otra parte (1). Solo diremos aquí, que si bien esos magníficos palacios de los pobres, donde se reunen 500 ó 1000 enfermos, son un grande alarde de la caritativa generosidad de nues-

(1) Memoria sobre los hospitales y pequeñas enfermerías: Madrid, 1869.



tros antepasados, y prestan grandes servicios mientras no haya hospitales pequeños en los pueblos, en cambio son ya establecimientos insostenibles bajo el punto de vista de la higiene, de la administración y aun de la misma caridad bien entendida, porque esta se ejerce mucho mejor en enfermerías de corto número de camas. Si para ir realizando esa transformacion fuese preciso rebajar á los pueblos distantes del impuesto para sostener el hospital provincial, á fin de que no paguen dos veces la asistencia de sus enfermos, esto, aunque encierra cierta complicacion en el sistema económico, no es realmente imposible.

2.º *Ferro-carriles.* El militar paga la mitad del pasage; el correo es conducido de valde; ciertas clases de empleados viajan sin pagar nada por todos los ferro-carriles, aunque sin razon alguna que justifique tal exencion. ¿Por qué, pues, no se habrá estipulado algo en favor de los pobres enfermos, como pedimos ya en otro artículo para los presos y penados? Ciertamente es, y nos complacemos en consignarlo, que las Compañías de los caminos de hierro, se muestran generalmente caritativas y generosas con el viajero enfermo y pobre; pero no es buen principio de administracion el fiar á una benevolencia incierta, porque es voluntaria, el remedio de una necesidad que lo requiere seguro y permanente. Ya que no se preveyó esto al hacerse las concesiones de los ferro-carriles, aún pudiera intentarse ahora el recurso de establecer convenios con las Compañías de los mismos, para el transporte gratuito ó por precio reducido de los enfermos pobres, que con documento oficial justificasen serlo, y ser su viaje para ir al hospital, ó para regresar convalecientes. Si esto ofrecia algun pequeño gasto á los pueblos, tendria compensacion material con el ahorro de bagajes, y moral con el beneficio hecho á los infelices enfermos.

3.º *Caridad y vigilancia.* Sin perjuicio de todo esto, hay otro medio para dulcificar las penalidades de esas conducciones: inspirar caridad á los conductores, si solo son insensibles; y vigilarlos para la debida correccion, si son crueles. Si la dureza con el enfermo conducido se mirase por todos con la indignacion que debe inspirar un acto de bárbara inhumanidad; si se tuviese presente que lo mismo se causa homicidio dando una puñalada al hombre sano, que apresurando la muerte al enfermo con solo el mal trato; si la ley, acorde en esto con la opinion pública, lo consignase como delito y lo castigase como tal, el temor á este castigo en unos y la caridad espontánea en otros contribuirían á atenuar los males que hemos designado.

Caridad muy recomendable será, pues, la que se emplee en esta



buena obra. Si la necesita el pobre sano, mayor la necesita el enfermo, y mucho mayor el enfermo que hay que sacar de su pobre vivienda para trasladarlo quizás á larga distancia. Téngase presente, para formar criterio en esta materia, la comparacion de cómo van los pobres enfermos, y cómo trasladamos de un punto á otro las personas queridas y enfermas de nuestras familias, cuando necesitan hacer algun pequeño viaje.

Antonio Guerola.

## EL CODIGO DE LA MISERICORDIA.

---

*Dar de comer al hambriento.—Dar de beber al sediento.—Vestir al desnudo.*

---

Hubo una época en que el romano imperio abrazaba el mundo entonces civilizado. Así, con frase tomada de Grecia, pudo llamarse *bárbaros* á todos los extranjeros. Cuando Diocleciano, cruel pero entendido y vigoroso gobernante, quiso reconstituir la autoridad, robustecer la defensa del imperio, y hacer que mermase la influencia vergonzosa de los venales pretorianos sobre el trono romano, señaló primero los límites de su inmenso territorio, estableciendo en sus dilatadas fronteras continentales de las tres partes del mundo antiguo una línea de poderosos campamentos armados, desde el Egipto á Persia en Africa y Asia, y otra en Europa desde la embocadura del Rhin hasta la del Danubio. Con el Atlas al mediodía en el resto de Africa y el Océano Atlántico al poniente, quedaba en medio de los continentes latinos el que ha sido llamado lago de la civilizacion, el mar Mediterráneo, con su bella prolongacion del Bósforo de Tracia y del afamado Ponto Euxino.

Dentro de ese vasto escenario de grandes conquistas y grandes iniquidades, llegó á haber, con dos emperadores cólegas, Diocleciano y Maximiano, y dos Césares adjuntos, Galerio (después emperador) y Constancio *Chloro*, así llamado por su extremada palidez, cuatro cortes llenas de fausto y esplendor. Milan y Nicomedia alternaron con Roma en la dignidad de sede imperial. En esa absorcion general de la tierra conocida refluía de todas sus partes, en aquel tiempo y en el de todos los emperadores de los tres primeros siglos de nuestra era, el tributo inmenso del lujo y los placeres para los orgullosos romanos. La fabulosa manera de regalarse en la comida, la



*bebida* y el *vestido* estos felices dominadores del mundo, pasó al epigrama, y á veces al testo de las prohibitivas leyes. Marcial dice que Caliodoro habia devorado á un esclavo en una comida, aludiendo á que le vendió por 3.100 dineros, para comprar un salmon con su precio. Tricongio debió este nombre á la hazaña de haber asombrado al emperador Tiberio, bebiéndose á su presencia, uno en pos de otro, tres *congios* de vino (1). Competíase, dice un historiador moderno, acerca de quién devoraria cinco ó mas comidas en un dia, cada una de las cuales costaba entre medianas fortunas 1.000 sestercios ó 198 francos; y pescados hubo que se compraron por 500.000 sestercios, ó 99.000 francos. En un solo festin de los magnates consumíanse á veces dos millones de reales. De las bodegas de trescientas mil ánforas de esquisitos vinos habla en sus sátiras Horacio. Y en el vestir y en toda forma de regalo llegó á dominar tanto la molicie y el lujo, que en tiempo del mismo Tiberio tuvo el senado que prohibir el uso de la seda para los hombres y de los vasos de oro para la mesa.

La ostentacion y el sensualismo oriental invadieron el imperio al contacto de sus propias conquistas; y la ley de los sentidos se habia estendido y propagado como una irresistible inundacion. De las costumbres de muchas mugeres de buenas familias nos hablan Suetonio y Tácito en sus anales. Hubo cortesanas como Actea, emperatrices como Mesalina, muger de Claudio y hombres como Apicio, de quien tambien nos habla Marcial en sus epigramas, que despues de haber agotado en los placeres de la mesa tesoros inmensos, se suicidó por no querer vivir reducido á un caudal de diez millones de sestercios, ó mas de siete millones de reales.

Entretanto la masa de la humanidad gemia en el *hambre*, la *sed* y la *desnudez*, contrastando su abyeccion y privaciones y el desprecio en que yacia, con los goces esplendorosos de los afortunados. Todavía resuena en los oidos de las presentes generaciones el eco de aquel horrible decreto del emperador Galerio, por los años 300 de la era cristiana, que mandó formar el censo general del imperio romano, á fin de establecer sobre tal base pingües tributos. No saciado de crueldades con la espantosa persecucion de Diocleciano contra la Iglesia cristiana, en la cual tuvo parte tan principal, y que dió á aquella época el nombre de *era de los mártires*, imaginó su astucia el modo singular de enriquecer el Estado y librar de pobres al imperio. «Solamente los mendigos, dice Lactancio, quedaron por su desdichada condicion al abrigo de sus violentas exacciones. Parecia

(1) Medida romana.



que aquel mónstruo tuviese compasion de sus miserias y quisiera remediarlas: hacíalos embarcar, dando la orden de arrojarlos *al agua* cuando en alta mar se hallasen. ¡Donosa manera ideada para desterrar de su imperio la pobreza! Y por temor á que alguno se eximiera del censo á pretesto de indigencia, tuvo la barbarie de hacer perecer á una infinidad de desgraciados.»

Este repugnante y tremendo suceso prueba que la pobreza era una infamia; la *sed*, el *hambre* y la *desnudez*, una vileza; que el espíritu se hallaba pervertido; el sentimiento de humanidad, casi ignorado; que el sórdido egoismo todo lo corroía. De otro modo la sociedad entera habríase levantado, para lanzar lejos de sí al mónstruo que la contaminaba.

En cambio en un libro, el Evangelio, que entonces ya estaba escrito, ley del espíritu, redencion de las groseras inmundicias y de los terrenales apetitos, se leían estas bellísimas palabras, destinadas á penetrar en los humanos corazones:

«No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde orin y polilla los consume, y en donde ladrones los desentierran y roban. Mas atesoraos para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consume orin ni polilla, y en donde ladrones no los desentierran ni roban. Porque en donde está tu tesoro, allí está tu corazón.....»

«No andeis afanados para vuestra alma, qué comereis, ni para vuestro cuerpo, qué vestireis..... Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta.....»

«¿Y por qué andais acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Yo digo, que ni Salomón en toda su gloria fue cubierto como uno de estos.....»

«No os acongojeis, pues, diciendo: ¿qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas. Y vuestro Padre sabe que teneis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Y así no andeis cuidadosos por el día de mañana. Porque el día de mañana á sí mismo se traerá su cuidado. Le basta al día su propio afán.» (1)

¡Cuántas virtudes austeras, cuánta pureza de alma, cuántos claustros de rígidos cenobitas, de vírgenes delicadas, cubiertas de pobre sayal, entregadas á la oracion y la abstinencia, han creado en el mundo esas palabras del cristiano Evangelio! Profesando la vida del espíritu, venidos muchas veces de alcázares y palacios, han dado

(1) Del cap. 6 de San Mateo.



heróica muestra de abnegación y espiritualismo, menospreciando los materiales halagos de la riqueza, el regalo y la molición, que encadenan los sentidos, y ayudando á elevar y purificar, con multiplicado y cotidiano ejemplo, la combatida y mísera humanidad. ¡Cuánto desprendimiento habrá engendrado esa doctrina! ¡Cuánta generosidad, cuánta animosa energía! ¡Y de cuánta corteza de grosero materialismo despojó las costumbres de la antigua sociedad!

En otro lugar, el Evangelio añade con asombrosa, sublime y viril sencillez (1):

«Cuando viniere el Hijo del hombre en su majestad, y todos los ángeles con él, se sentará entonces sobre el trono de su grandeza. Y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los unos de los otros.... Entonces dirá el rey á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me hospedásteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitásteis; estaba en la cárcel, y me vinisteis á ver.—Entonces le responderán los justos, y dirán: Señor ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; ó sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped, y te hospedamos, ó desnudo, y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y te fuimos á ver?—Y respondiendo el rey, les dirá: en verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis.....»

Y en la parábola de aquel rico avariento; «que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y cada día tenía convites espléndidos,» y del mendigo Lázaro, «que yacía á la puerta del rico, lleno de llagas, deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa (2),» ¡con qué enérgica viveza están pintados el castigo del venturoso indiferente, y el premio del paciente desdichado, en aquella gota de agua, con que el primero pedía que un dedo de la mano de Lázaro refrescase su abrasada lengua!

A impulso de esas divinas y bienhechoras palabras, levántose en el mundo el espíritu de caridad. Se escribieron esas tres benditas frases en el *código de la misericordia*, «dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo,» y de ellas brotaron consuelos sin fin para los desvalidos indigentes, consuelos también indecibles para los corazones generosos, que, al hacer el bien ajeno, sentíanse inundados de verdadera felicidad. Y se reveló es-

(1) Del cap. 25 de S. Mateo.

(2) San Lucas, cap. 16.



pléndidamente al mundo de los espíritus, encenagado en el egoismo, una fuente de inefable dicha, la mas pura y elevada: la dicha de la *virtud*, la fortuna de la *caridad*. A millares y millares surgieron sobre el suelo de las naciones cristianas las casas de beneficencia, para albergar y *vestir* y dar de *comer* y *beber* á los desdichados é inocentes niños espósitos, á los ancianos, á los impedidos y defecuosos, que no pueden ganar su pan ni el tosco paño de su necesario abrigo. A la puerta del hogar cristiano, adonde llegan con fatiga el *hambriento*, el *sediento* y el *desnudo*, encuentran una mano estendida, que les dice: «toma, hermano, apaga tu sed y hambre; viste tu desnudez.» Los reyes mismos, los jefes, los prelados, imitando el avasallador ejemplo del Autor del Evangelio, acogen, *visten*, y con sus propias manos sirven *comida* y *bebida* á los pobres mas miserables. Y los gobiernos, en vez de aborrecerlos y esterminarlos, tienen que obedecer al espíritu de humanidad que manda protegerlos, y comprender entre sus atenciones sagradas el presupuesto de los desgraciados, para ayudar á socorrerlos á la caridad privada, que no puede muchas veces abrazar empresas de estensa y robusta organizacion.

Traed, traed las páginas de los edictos imperiales, del decreto de Galerio. Poned á su lado las purísimas del Evangelio. Comparad con atencion profunda; comparad, y juzgad.

Vereis brotar de las unas el frio egoismo, la impia crueldad, la sórdida explotacion, el grosero materialismo, la criminal indiferencia. De las otras, la abnegacion, la pureza, el amor, la compasion y el socorro. Allí vereis pintado al príncipe orgulloso, al magnate esplendente, que arroja de sí y lanza en el mar á los pobres que no pagan tributos, para que no enojen la placidez de su voluptuosa mirada. Aquí vereis al rico, abandonando por su voluntad la abundancia y la molicie, buscar á los pobres para darles el auxilio de que han menester. Vereis á un San Martin de Panonia, primero de los confesores, guerrero distinguido antes de ser Obispo de Tours y apóstol de las Galias, rasgar su capa con la espada para dar la mitad á un desvalido, á las puertas de Amiens, en día de rígido invierno: á un San Diego en la flor de su pubertad ahorrar los bocados de pan en su austero noviciado, y al ser sorprendido entregándolos á los pobres, convertirse en rosas los trozos secos, segun la santa y bellissima historia cristiana: á un Murillo, gloria de España, pintar en el crucero de la iglesia de la Caridad de Sevilla su cuadro sin rival de las Aguas, y el magnifico de Pan y Peces, en los que se contempla á Moisés saciando la sed y á Jesucristo hartando el hambre del pueblo que los sigue, como símbolos y ejemplos de



las virtudes de una religion divina, toda amor, toda caridad. Y en las crisis alimenticias, en los conflictos sociales, en las económicas estrecheces, cuando al rostro lívido del hambre pública no sabe hacer frente la ciencia de gobierno, y la política se exaspera, y la filosofía enmudece, y la sociedad tiembla de espanto, vereis que sale la *caridad* de sus silenciosos retiros, y con sencillo ademán y mirada inefable *da de comer al hambriento, da de beber al sediento, viste al desnudo*, dejando á la vez llenas de afectuosa unción las almas y de resignación las frentes de los socorridos, y atrayendo las bendiciones del mundo sobre ese código santo, en que se escriben tales artículos, que redimen de sus congojas á la mísera humanidad.

Carlos Maria Perier.

## LA CONVERSACION.

Cuando dos ó mas personas se reúnen, cualquiera que sea su edad, su clase y su sexo, comunican verbalmente, es decir, *conversan*. Hay pueblos é individuos mas comunicativos que otros, y que en un viaje, en un espectáculo, hablan aun con la gente estraña; pero prescindiendo de esta locuacidad, en toda reunion de amigos, ó solamente de conocidos, el silencio no está en uso; sería una cosa rara, embarazosa, y hay, y es preciso que haya *conversacion*, aunque á veces cueste no poco trabajo sostenerla. Para ella no suelen darse reglas á los jóvenes, ni las personas formales tienen otra, que seguir su natural impulso é inclinación, hablando de las cosas que les agradan ó que pueden hacerles agradables. Cuando no se falta al respeto que se debe á las señoras, á los jóvenes y á los niños; cuando no se comete alguna imprudencia grave ofendiendo á un desconocido; cuando no se murmura, ni se calumnia, ni se infama, la conversacion puede presentarse como un modelo, porque por desgracia, y en general, solo tiene bienes negativos. ¡Y cuántos positivos, inmensos, podría reportar la comunicacion verbal, si desde niños nos acostubrámolos á mirarla como un gran elemento de perfección, como un medio de aprender lo que se ignora y de enseñar lo que se sabe!

No pretendemos convertir las reuniones familiares en cátedras; pero en la medida que sea posible, dadas las personas que las componen, deseáramos que desde la niñez se nos fijasen bien estas consideraciones.

1.º Que la comunicacion verbal y familiar, que se llama *conver-*



sacion, lejos de ser indiferente tiene grandísima importancia, é influye todos los días y á todas horas en el niño y en el anciano, en el pobre y el rico, en el dichoso y en el desventurado.

2.<sup>a</sup> Que no debemos comunicar á los otros nuestras debilidades y nuestros vicios, y poner en comun nuestros defectos, sino que, por el contrario, debemos llevar á la conversacion toda la parte que podamos de ideas exactas y sentimientos levantados, á fin de *asociar* la parte mas noble y no la mas vil de nuestro sér.

3.<sup>a</sup> Que la conversacion debe procurar levantarse á la altura del que vale mas, en vez de ponerse al nivel del que vale menos, como generalmente sucede.

4.<sup>a</sup> Que en la conversacion con los que saben mas se aprende; con los iguales se discute y se aprende; con los que saben menos se aprende tambien, no solo porque se enseña, sino porque la superioridad no es nunca absoluta, y en algun sentido, pueden recibirse lecciones de aquellos mismos á quienes en otro se dan. Todo está en formarse de la comunicacion con nuestros semejantes una idea digna y elevada, y persuadirse de que, al par de un goce, debe ser una utilidad.

5.<sup>a</sup> Que si en la conversacion deben llevarse al fondo comun las ideas sanas, con mucho mas motivo los buenos sentimientos, que se comprenden así que se anuncian, se multiplican así que se comprenden, y leccion, ejemplo y recreo á la vez, hacen entrar en sí al que ha faltado, y tomar vuelo y expansion al alma pura y generosa.

¡Cuánto bien se haria á los desdichados con solo deslizar de vez en cuando en la conversacion alguna palabra que recordase sus dolores, ó los medios de darles consuelo! ¡Cuántas desdichas que el dichoso no adivina, cuántos modos fáciles de hacer bien, que no se practican porque se ignoran! La poderosa iniciativa para la caridad no es comun, pero tampoco la indiferencia absoluta, ni naturalezas completamente refractarias á los sentimientos benévolos. Si desde niños se nos hiciese comprender que la buena educacion no puede existir sin buenos sentimientos; que ningun hombre *malo* puede ser un hombre *decente*; que cierto grado de sensibilidad es tan necesario como cierto grado de cultura para no merecer el nombre de *bruto*; si se nos pusiera de manifiesto el bien que podíamos hacer, suprimiendo de la conversacion el relato de las malas acciones, sustituyéndole con el de las buenas, aunque parezca exajerado, es seguro que las costumbres se modificarían, porque nadie sabe lo que pueden esas influencias pequeñas, pero continuas y generales. No todos tienen vida de accion, ni escriben ni piensan, pero todos hablan, é influyen por consiguiente en el que escucha. A la horrible frase: *di*



*mal, que algo queda, ¿por qué no ha de sustituirse esta otra, di bien, que siempre queda algo?*

Por lijereza somos cómplices del mal, contribuyendo á publicarlo, y oponemos obstáculos al bien, guardando sobre él silencio.

Al terminar el dia, pocos se dirijen esta pregunta que debíamos hacernos todos: ¿Qué he hecho hoy? Se tiene como una cosa heroica el dicho de aquel emperador romano, *he perdido un dia*, porque no habia hecho ningun bien; y calificar de sublime tal frase, es colocar bien bajo el nivel de la virtud, aunque no se tratase de quien podia tanto. Todos podemos, y por consiguiente, todos debemos hacer bien todos los dias, si no con sacrificios personales ó pecuniarios, con palabras buenas, encaminadas á despertar nobles sentimientos ó á rectificar errores.

Empecemos á avergonzarnos de que la palabra sea para nosotros como un noble instrumento en manos viles, y solo nos sirva para hacer daño; no estemos hablando como loros horas y horas sin hacer otra cosa que ruido; sea la conversacion descanso, solaz y recreo, pero sea tambien razon, sea tambien sentimiento, porque la criatura racional y moral debe recordar siempre que lo es.

Si todos los dias no podemos hacer grandes cosas, todos podemos decir cosas razonables y honradas, y mucho contribuiremos al bien de nuestros semejantes, si en nuestras conversaciones no prescindimos enteramente de la verdad, de la justicia y del dolor.

*Concepcion Arenal.*

## DOS CLASES DE VALOR.

Admirable es el valor del soldado, que en el campo de batalla arrostra impávido la muerte. Pero sin rebajar en nada su mérito, observemos á su lado otro valor modesto, heroico y completamente espontáneo, que ni está sostenido por la disciplina, ni tiene la excitacion embriagadora de la gloria guerrera.

Junto al soldado que muere matando, fijémonos en el sacerdote, en el médico y en la Hermana de la Caridad, que se exponen voluntariamente á morir por socorrer á un herido, ó por llevar á un moribundo palabras de cristiano consuelo. En todas las guerras de nuestros dias vemos de esto notables ejemplos. Oigamos uno que nos refiere, con interesante sencillez, la *Petite Presse*, periódico de París.

«En la mañana del lunes, en lo mas recio de la batalla, á la sa-



»zon en que los proyectiles silbaban en todas direcciones, mientras  
 »la metralla causaba estragos en las filas de los federados, un mo-  
 »desto héroe, un sacerdote, el párroco de Courbevoie, llegó al  
 »campo de batalla para socorrer á los infelices heridos.

»Iba de uno á otro, levantando á este, exhortando á aquel, pro-  
 »digando á los que agonizaban los mas tiernos consuelos.

»Por todas partes los heridos gritaban á la vez:

—»A mí, señor Cura, á mí.

»Y el digno sacerdote se multiplicaba para acudir á los que pa-  
 »recian desear un consuelo mas pronto.

»Despues de recorrer una parte del campo de batalla, dando de  
 »beber al uno, ayudando al otro á sentarse, dió principio á la tarea  
 »mas penosa. Tomó en brazos á un herido, le acomodó lo mejor que  
 »pudo, y le trasportó á poca distancia, detrás de una casa semi-  
 »derruida donde está izada la bandera de la Sanidad, y donde un  
 »cirujano hace la primera cura.

»Despues de depositar al herido, el buen sacerdote vuelve al  
 »campo de batalla en medio de las balas, y se lleva otro herido, y  
 »luego otro..... Once llevaba trasportados el animoso sacerdote,  
 »que se caía ya de cansancio.

»En Courbevoie y Nanterre no resuena sino un grito general de  
 »admiracion por la conducta de este caritativo y animoso sacerdote.»

Lástima es que el periódico parisien no nos revele el nombre de  
 este campeón de caridad. Nosotros nos asociamos á ese grito gene-  
 ral de admiracion que excitó su accion heroica. El sacerdote siem-  
 pre es una figura respetable, cuando se le contempla en el ejercicio  
 de su ministerio; pero si este le desempeña en un campo de batalla,  
 resalta allí un valor religioso que tiene mucho de mártir, y un teso-  
 ro inmenso de caridad, que nunca será bastante ensalzado.

*Antonio Guerola.*